

en silencio a la madre y al hijo, y cuando el niño tímido se le acerca y ella más tímida aún logra acariciar sus rizos y mejillas, un estremecimiento de honda e indecible ternura la llena y algún suspiro tropieza en los umbrales de su corazón.

El padre que le ama a su manera y que no tiene tiempo para expansiones sentimentales, cree que es suficiente para el entretenimiento y alegría del niño construirle ingeniosos juguetes o poner en sus manos una de aquellas máquinas maravillosas que marcan las horas y que llevaban por dentro un juego de campanitas.

El que nació para querer a los niños, para amarlos en toda su gracia y hacerlos poseedores de todos los encantos y tesoros de la vida, no tiene para sí más que un ambiente de silencio y de tristeza lleno de temores, entre artefactos misteriosos y actitudes esquivas, sin sonrisas. Falta en el hogar el hermano o la hermana que rompan en una sonora carcajada el hielo de los silencios.

Faltan las amistades de la vecindad que con absoluta y cuerda ignorancia conviertan el maravilloso taller del padre en guarida fantástica de duendes o de piratas. Falta la fogosidad de la vida en una abundancia de timidez, de silencio, de severidad, de incomprensión; hay exceso de claustro y ausencia de sol; y en aquel claustro, ausencia de claridad para el alma delicada del niño que ya tiene en sus gestos actitudes de artista y de soñador. Contadísimos son sus pequeños amigos en esa encarcelada infancia; uno o dos que penetran a su santuario infantil a través de las relaciones de sus padres. En su corazón ávido de afectos, esas amistades únicas son perfectas y constantes, pero, aun con ellas, no tiene siempre ocasión para la expansión infantil cuajada de ingenuidad, sino que frecuentemente sirven para la natural manifestación de sus inclinaciones innatas, que ya de niño revela esos destellos de inteligencia y de ingenio que tanto asombraron y gustaron a sus amigos.

II

APRENDIZAJE

Corre una época de gran inquietud intelectual. Europa se ha desbordado en América y una ansia de cultura busca la ciencia enclaustrada para ponerla al alcance de las juventudes ávidas de ciencia y de acción. Los afanes de cultura se hacen sentir en todas partes; vibran delicadamente las lirás de los poetas y los maestros, artífices de la palabra, descuellan en el corrillo intelectual, en la tertulia, en el Foro, en la cátedra o en el parlamento. Las hojas impresas, más al servicio de la cultura que de los intereses económicos, acogen las fogosas inquietudes de los jóvenes. Se forman pequeños partidos políticos en torno de algún hombre representativo; se agitan ideas; se agitan principios y se procura hacer escuela de esos principios. Los ideales de la democracia surgen pulidos en el crisol de la libertad que ha forjado Europa y los principios liberales entusiasman a las juventudes líricas y estudiosas. Brotan deseos de asociarse y de trabajar por la república; se encienden los ánimos en la discusión y en el estudio y llega la lucha de ideas coque-teando con la inquietud de los jóvenes. Todos los hombres que han recibido una luz, todos los que han sentido una aspiración, sienten el deseo de expresar en alguna forma su pensamiento. De esta manera el ambiente intelectual que rodea a Omar Dengo desde muy cerca de su cuna es una temprana incitación al estudio de los problemas humanos, a la reflexión en torno de los hombres destacados y de las ideas que se agitan en el país. El precoz entendimiento del niño siente y comprende hondamente estas cosas de tal modo que en sus infantiles meditaciones ya toman estas ideas cuerpo y se desenvuelven con soltura, tal como lo hace de hombre. Siendo muy niño, por sus 4 ó 5 años, su madre está de visita en casa de una amiga cuyo hijo es el único con quien Don Omar puede compartir su infancia. Mientras las señoras ceremoniosas conversan en la sala, los niños se alejan a otra habitación. Encontrándose solos y no sabiendo qué juego lícito emprender, el niño Omar propone a su amigo: "¿quieres que te haga un discurso?", e inmediatamente

después el pequeño, pálido y desmedrado como era, muy bien vestido, gesticula desde un asiento hilvanando frases en que relaciona los nombres de los políticos de entonces. Tal elegancia y orden, tal énfasis hay en sus palabras que es escuchado por las señoras y un momento después están reunidas junto con todas las personas de la casa en torno del pequeño orador, que con ser tímido, no se ofusca ante la presencia de personas tan importantes.

Ya entonces la política se ha salido de los cuarteles, y en un alarde de libertad corre en discusión por las plazas públicas y por los clubes levantándose de las violencias despoticas en que quisieran sumirla. Don Manuel Dengo, científico e intelectual es de los hombres importantes de la época, por lo que no es raro que en sus entrevistas, conversaciones o discusiones, dé ocasión a su pequeño hijo de sentir las palpitaciones y las preocupaciones de la vida de esa época.

* * *

San José, rodeado de montañas, tiene puestas de sol maravillosas; el Parque Nacional, lleno de hermosos árboles, oculta un pequeño estanque donde los peces se deslizan tranquilamente. Allí se reúnen los niños del vecindario para gozar de la mañana limpia o de la tarde azul. Sólo el niño Dengo, con vivir tan cerca, no puede disfrutar de este encanto aunque guarde sus bolsillos repletos de migas que pueden hacer las delicias de los peces del pequeño lago. Por las calles empedradas ruedan estrepitosamente los coches de uno o de dos caballos, uno de los cuales tiene que ser el de don Manuel Dengo.

La fortuna le favorece; se asoma esplendorosa a su casa y a su taller después de largas penurias, pero cuando la van a retener, se escapa vertiginosamente dejando un amargo gesto en el semblante de cuantos en aquella casa rodean a un niño solitario. Este niño algunas veces, montado en una de estas volantas de un caballo o en un remedo de cabriolé, sale de su casa los domingos por la tarde acompañando a sus padres. Viste entonces un holgado traje de casimir de lo más elegante, botas negras de satén o de charol y medias altas de canalillos. Sobre el pecho, haciendo arco, reluce

alguna de aquellas gruesas cadenas de oro que le pone su madre y que mantiene oculto en el bolsillo un gigantesco reloj que da las horas. Pero el niño triste sólo siente una vez más la ausencia de alegría que se le prende en el corazón cuando a su paso, deslizándose calle abajo, encuentra los chiquillos desarrapados, que no van elegantemente vestidos, que no van en coche, pero que pueden jugar libremente y reírse con el barro que lanza a su paso el cabriolé. Las puestas de sol se hunden en su mirada como en el mar, con la sombra de una ausencia infinita, de una alegría que pudo ser luz en su infancia de niño solitario. No arrullan sus oídos las palabras que traen ensueños maravillosos, no están sus inquietudes agitadas—a la orilla de las fuentes—por el rumor de las voces de pequeños amigos entre los cuales se destaca el pequeño jefe de una pandilla.

Niño solitario, niño triste criado en ausencia de ternuras, sintió su infancia desenvolverse en la orfandad de algo que fuera pedestal de luz para su vida maravillosa.

Desgraciadamente, a pesar de su palidez enfermiza, muy tempranamente sus padres se dan cuenta de que es un niño inteligente, precoz, despierto.

Ha pasado seriamente enfermo sin poder seguir en la escuela pública. Sus padres le buscan un maestro particular que descubre ante los ojos de ellos la evidencia de que el pequeño es "demasiado inteligente". Y como es inteligente está obligado a portarse como tal; está obligado a ser un cazador silencioso de normas de urbanidad, a no mezclarse en las conversaciones de los mayores, a no preguntar lo que le interesa saber; está obligado a vivir el silencio que hace al hombre más concentrado en sí mismo; acaso más sabio pero más triste.

Así transcurre su niñez; iniciación de una vida contemplativa prematuramente buscándose a sí mismo y en ella una razón de vivir profunda, que hace verter de sus propios arcanos silenciosos la luz resplandeciente de la verdad. Cuando el niño tímido comienza a frecuentar la escuela pública, empieza también su temperamento afectivo y artista por excelencia, a nutrirse de sentimientos y de imágenes que quedan en su ser como tenues paisajes impregnados de melancolía.

Ahora empieza a conocer y a percibir un poco más la amistad difusa que se vive en las aulas de la escuela primaria; ahora hay tardes soleadas y mañanas apacibles bajo las enramadas, pero hace falta el maestro, artífice de sentimientos y de ideas, que haga brotar para el corazón del niño las maravillas de un mundo nuevo. Hace falta en toda su infancia esa luz apostólica que saturada de amor, tome el capullo que es el alma del niño y lo deshile bajo el campo propicio de la naturaleza, entre los ensueños infantiles. Tiene él que descubrir por sí mismo, cuanto hay de maravilloso en la vida; tiene que abarcar por sí mismo e interpretar cuanto el mundo pone a palpar en su corazón; tiene que interpretar por sí mismo el tesoro de complejas impresiones y emociones, recogerse en sus silencios para empezar a soñar con paso tímido, para empezar a crear un mundo de fantasía y un sentimiento de belleza y de perfección para su vida.

En el elogio a María que pronunció en la Escuela Normal el Miércoles Santo de 1928, don Omar recuerda su infancia asociada "a prematuras tristezas" y en ellas "como única luz de consuelo la mirada, toda ternura, de una imagen de María, coronada en marzo de lirios, y reclinada, como una meditación, a un alto muro teñido de pálidos oros crepusculares". Prematuras tristezas, imágenes delicadas delante de los ojos de un niño contemplativo, tímido, silencioso, eso fué su infancia; cuna de sentimientos enraizados profundamente para un hombre meditativo, que a fuerza de vivir hacia adentro se desborda en amor, en actividad, en emociones.

Crea él mismo su ser; aprende a perseguir pensamientos e imágenes; aprende a reflexionar rápidamente y a extraer el contenido esencial de las cosas. Sobre un sendero por donde pisa las flores de su propia vida marcha al encuentro de su juventud en un mundo estremecido por ideas nuevas, por entusiasmos nuevos, por eclosiones primaverales, fruto de la mente en permanente gestación de ensueños artísticos o de hondas inquietudes humanas.

No es sin embargo, en la escuela o en el colegio, lo que llaman un niño prodigio; como que no lograron llegar hasta él con la superficial experiencia de la didáctica que

olvida los corazones y los sentimientos en afanes de un absurdo intelectualismo.

No sabemos que se hubiera interesado grandemente por su escuela o por su colegio pero es, en cambio, un lector constante, de los que "devoran libros", y los lanza al camino en las manos del primero que quiera recogerlos.

Al terminar sus años de colegio en el Liceo de Costa Rica encuentra, por fin, un maestro que logra interesarlo y a quien le guardó devoción.

Ese maestro fué don Elías Jiménez Rojas; maestro de humanidad que supo entender y estimular las inquietudes de los jóvenes, que se acercó a ellos con bondad franciscana para servirles con sus sentimientos y con sus pensamientos. El recuerdo de don Elías Jiménez fué el único recuerdo afectivo que don Omar conservó de sus maestros en su vida de colegio.

Don Pepe Acuña hizo una vez el elogio de don Omar hablando de su pulcritud; una aristocrática pulcritud en medio de su sencillez y de su pobreza; una actitud de limpieza resplandeciente que se impuso en su vida desde que era niño. Las severas prácticas del hogar le enseñaron esos hábitos de orden que siempre lo distinguieron; sembraron en su vida el sentido de su pulcritud externa: pulcritud en el vestido, pulcritud en sus palabras, pulcritud en sus costumbres, pulcritud en sus actitudes y en sus relaciones humanas.

A las aulas del Liceo se presenta siempre limpio, luciendo a veces amplias corbatas de moda, pero toda su persona emana sencillez, y más que sencillez, una franca y cordial actitud llena de simpatía para todos. Ya sus compañeros saben que Dengo es agudo en sus juicios, que tiene "salidas" maravillosas, que sabe decir con claridad su pensamiento. Allí en las aulas del Liceo formó las más sólidas amistades que encontró en la vida, y hombre de sentimientos, les entregó su devoción sin límites.

En 1906, poseedor del título de bachiller,—como todo recién graduado,—comienza a soñar en su porvenir. Las lecciones de don Elías Jiménez y del Dr. Michaud, le han despertado inquietudes por las ciencias naturales y piensa estudiarlas solicitando la ayuda del Estado. (Es curioso

ver cómo a lo largo de su vida y aun después de su muerte, persiguió a este hombre eminente la tacañería del Estado que a veces es tan pródigo con los inútiles y los mediocres). En esta ocasión el país le niega el auxilio que necesita para hacer sus estudios. Así se malogra quizá un naturalista, pero la educación nacional obtiene un maestro, el más eminente de cuantos ha tenido en larguísimos años.

La esperanza frustrada de sus estudios en el exterior deprime profundamente al joven estudiante; le juzgan rico porque su padre, emprendedor y dinámico, hace prodigios económicos que lo hacen suponer en holgura, pero la decorosa pobreza es el aya que acoge sus aspiraciones haciéndolas descender a la realidad.

Caminos para una amplia educación universitaria hay muchos, pero la democracia no ha dado todavía los medios para que todos los que aspiran encuentren el sendero para escalar las cumbres. El joven Dengo despide a sus amigos que van a estudiar a Europa, y con su aplauso y su adiós de despedida prende una amargura más a su vida de soñador y una reflexión más en su corazón que más tarde se desbordará en servicio.

Para el estudiante pobre el país no ofrece nada más que la Escuela de Derecho. Es cierto que allí está don Antonio Zambrana, el más eminente de los oradores, y que ha venido con un mensaje de esteta para derramarlo a las juventudes; es cierto que allí enseñan don Ricardo Jiménez, don Cleto González y don José Astúa Aguilar; es cierto que la Escuela de Derecho es en este momento la más alta tribuna intelectual, pero el temperamento humano y artista del joven Dengo, rebosante de sentimientos afectivos, no participa con agrado de las actividades intelectuales derivadas del ejercicio del Derecho. Ya ha pensado en los soliloquios de su espíritu que el ejercicio de la Justicia no debe tener emisarios o agentes que la busquen en favor de unos o en perjuicio de otros.

Sin embargo, es necesario estudiar Derecho; alguien en su familia se empeña tenazmente en que estudie Derecho. Los jóvenes que no pueden ir a Europa estudian Derecho; no queda otro camino para satisfacer las cordiales aspiraciones domésticas, y el joven Dengo, inconforme bus-

gador de su propia verdad, se convierte en un estudiante de Derecho enemistado con el Derecho. Por 1912 ha completado sus cursos pero no se preocupa por presentar los exámenes para su licenciatura.

Sin embargo, hace práctica profesional, durante dos o tres años, como Secretario del Juez Segundo del Crimen de San José, a cuyo lado comparte el joven Dengo sentimientos y pensamientos y conoce un mundo de dolor sobre el cual es necesario derramar todas las bondades del corazón.

III

INICIACIÓN

El joven abogado no cree en los diplomas; es ya un rebelde que sabe que los méritos del hombre no se basan en los títulos o diplomas que ostente sino en los valores íntimos de su vida; en su capacidad intelectual; en su condición moral; en su actitud espiritual; es decir, en suma, en el desarrollo de todas sus nobles capacidades puestas al servicio de los demás hombres con abnegación y desinterés. Sabe que el diploma no hace al togado más amigo de la Justicia de lo que es por su propia condición de hombre.

Para luchar por la justicia y por la verdad no hacen falta diplomas; para servir en las causas nobles la humanidad no necesita titulados sino hombres devotos de un ideal; hombres concedores del alma humana en sus más íntimas necesidades; hombres que la sirvan; hombres que amen al hombre en sus miserias, en sus desventuras, en sus aspiraciones, en sus esperanzas.

El joven abogado comprende que la humanidad está necesitada de que la ayuden, de que la sirvan.

Su práctica en el Juzgado del Crimen le permite conocer profundas angustias humanas, y desde entonces hace entrega de su devoción a este ideal de servir. Su jefe en el Juzgado es un hombre magnánimo, estudioso, atormentado por tanto dolor que desfila por esas salas de Justicia. ¡Cuánto problema humano, cuánta miseria, cuánta necesidad! ¿Pero cuál será la causa de que la humanidad no se reñon-

cilie con el hombre? ¿En dónde estará el remedio de tantos males?

Con estas preguntas, con estos problemas que atormentan, hay dos abogados en una oficina judicial de San José. Uno de ellos es el Jefe: don Luis Castro Saborío; el otro es el Secretario, el joven Omar Dengo. A veces, parecen padre e hijo entregados a sus reflexiones y conversaciones; a veces parecen dos amigos o dos hermanos identificados con los mismos sentimientos. Son dos funcionarios atormentados por los textos de la Ley que aprisiona la Justicia; son dos hombres conmovidos y silenciosos ante la actitud de un niño que juega, o de una mujer que implora; son dos servidores de otra justicia, con sus manos tendidas a los menesterosos en pródiga ofrenda del más hondo amor y de la más humana compasión.

Se comprenden estos dos hombres; se estiman, están cordialmente unidos por amistad honda. Les preocupa mucho el problema de los niños abandonados y de los pequeños delincuentes. Estos niños presentan especiales aspectos del problema social. ¿Cómo remediar estas situaciones, cómo salvar estos niños? ¿Pero cuál es la causa verdadera de estos males sociales? ¿Es la miseria? ¿Es la organización social que favorece privilegios? ¿Es la escuela que no ha penetrado profundamente en la sociedad para redimirla, para levantarla de las honduras de los vicios y de la miseria?

¿Qué vacío tan grande encuentra el joven abogado en sus estudios de Derecho! ¿Le ha hablado de estos problemas el profesor de Derecho en la Escuela de Derecho?...

El vacío es laguna que se llena. Al lado del jefe de oficina convertido en "profesor de humanidad", la inquietud de saber se desborda, el joven abogado sin título estudia libros y más libros de Derecho, de Sociología, de Economía, de Filosofía, de Historia, de Religión.

Está madurando maravillosamente esa inteligencia. Asimila cuanto lee; discute, conversa, se abre más y más su mente; florece también en bondad su corazón.

El Derecho cada vez le interesa menos; no puede servir de abogado. La Justicia debe ser como un sol que brilla para todos; nadie puede tener el privilegio de la Justicia;

no se puede torcer el rumbo de la Justicia para hacerla llegar donde se quiere. Hundir en el oprobio a un hombre no es la función de la Justicia. La Justicia debe levantar, debe iluminar y redimir.

En esa oficina ha conocido los vericuetos de la Ley convertidos a veces en instrumento de tortura y en enemiga de la Justicia.

No, no puede ser abogado; no puede ser litigante. La Justicia no necesita cirineos que la carguen. ¿No hay otros campos fecundos en donde se pueda servir a esta humanidad menesterosa? ¿No está diciendo aquel delincuente que hace falta una luz en su entendimiento? ¡Ah, si esa llamita se hubiera encendido oportunamente, no se habría producido aquel delito!...

Es urgente y clara esa necesidad en que vive el hombre para que se iluminen sus caminos. Sí, la humanidad se redime, se mejora por la educación. Es preciso educar al hombre; abrirle la inteligencia, iluminarle el corazón.

¿Por qué no ha de ir este joven abogado, inconforme con el Derecho, a buscar su propio camino a los umbrales de la Escuela?

La mente está ahora fortalecida por intensas lecturas y disciplinada por profundas meditaciones. El joven abogado está convencido de que disfruta de un privilegio en la sociedad: el de haber podido entregarse al cultivo de la mente y del espíritu. Este privilegio debe devolverlo en servicio a sus semejantes; debe ir a compartir con los demás este manjar espiritual que es el conocimiento, que es la idea, que es la aspiración.

El estudiante de Derecho está convertido ya en un soñador. Aspira al mejoramiento de la humanidad. Ha visto de cerca la miseria, ha sentido el dolor de los que sufren, ha comprendido las ansiedades que se estremecen en el alma; ha creído con profunda fe en una era de Justicia que ha de venir para que en ella todos los hombres sean iguales y sea la era de la Justicia y de la Verdad.

En sus lecturas, Maquiavelo asoma su rostro llenándolo de turbación; Emerson y Carlyle le confortan inspirando el sentido superior de la obra humana; William James es un espejo de realidad que combina aspiraciones y

sentimientos; Kant, Hegel, Bergson, le han abierto un robusto mundo de ideas en el cual surge fuerte su personalidad idealista que ha paseado ya, en meditación amistosa, del brazo de Carlos Marx y Engels pensando en esta gran aspiración de elevar a todos los hombres a un mundo de felicidad y de bienestar. Pero su temperamento de artista y de filósofo, muy concentrado en sí mismo, muy religioso y místico, ha bebido sobre todo en las fuentes eternas de la sabiduría de los antiguos.

Profundos sentimientos de belleza, luminarias de verdad y remansos de serena religiosidad se han vaciado en su espíritu hasta inundarlo. Es ya un hombre con su propia sabiduría, la del amor; con su propia filosofía: la del bien. De ahora en adelante pueden decirle revolucionario porque aspira al mejoramiento de los menesterosos, pero otros que lo conocen más de cerca comenzarán a ver en él al místico, al religioso laico poseído de ansiedades, de Verdad y Justicia.

Por el camino viene destacándose la griega figura de un apóstol. En su palidez están prendidas las vigiliass de don Quijote y de la frente amplia irradian antorchas que encendieron las almas de Bolívar y Martí.

* * *

Chile, la nación cordial, fraternal y renovadora, tiende un puente de cultura entre nuestros colegios y su Universidad. Por él van y vuelven nuestros jóvenes más distinguidos y la educación nacional recibe aquella influencia benéfica y luminosa que sale de las aulas de su Instituto Pedagógico. Ya están aquí entre otros, los profesores don Salomón Castro, don Roberto Brenes Mesén y don Joaquín García Monge. Los dos últimos se distinguen en el campo de las letras y desde llegados han comenzado su misión: traen en sus manos el mazo demoledor y la arcilla y el mármol para construir. La juventud ávida de Omar Dengo se acerca a ellos desde el primer momento; los conoce, los comprende y empieza a trajinar en problemas que no son solamente los de la Escuela de Derecho ni los de las Salas de Justicia.

Sus lecturas, sus meditaciones, su propio corazón le han acercado también a los trabajadores. Hay en San José

un centro de obreros dirigido por hombres estudiosos y de gallarda contextura moral. Con ellos está el joven Omar Dengo poseído de entusiasmo y sobre todo de fe en la cultura como único medio de elevar y dignificar al hombre; como único medio de crear lazos perdurables de comprensión y de amor entre las distintas clases sociales. El obrero debe encontrar la oportunidad de educarse, y educarse profundamente; debe conocer sus problemas y las causas que los originan; debe conocer y luchar contra los vicios que le aniquilan la voluntad y debe tratar de resolver sus problemas con serena dignidad, sin descender a la pasión mezquina, pero poseído de los mejores sentimientos para encontrar una justicia superior a la que ordinariamente trajina en los códigos.

Omar Dengo está de lleno dedicado a estos afanes de redención obrera. Da clases y conferencias en el "Centro Germinal"; empieza a escribir para los trabajadores; se asocia a los movimientos obreros y levanta su voz, que fué vibrante hasta su muerte, en demanda de Justicia para todos, al mismo tiempo que confía plenamente en las posibilidades que los obreros tienen en sus manos como constructores que son del progreso y de todas las realidades nacionales.

En el Centro Germinal, Omar Dengo no es precisamente un revolucionario; no es un demagogo más; no es un aspirante a los votos de los obreros para una fácil elección. Es ya un maestro que va a la cátedra con fe en su obra, que cree en la capacidad de perfección del hombre y que tiene la certeza de que lo único que puede resolver los conflictos humanos es la cultura; es el ala que se agita poseída de aspiración y es la voluntad al servicio del corazón. No es tampoco un politiquero más, que hace su iniciación ante esos conjuntos de hombres que en el mundo se levantan y se mueven esperanzados de justicia y estremecidos de ideales. Es simplemente el Maestro. Pero en cuanto la suspicacia comienza a murmurar de su presencia entre los obreros confundiendo con un demagogo que anda en busca de simpatías electorales, abandona el Centro Germinal, y dolido, pero sin rencor, se aleja para seguir su obra silenciosamente, más apegado aún a sus ideales y a su fe de que

“sólo la cultura” redime y crea verdaderos lazos de fraternidad entre los hombres.

El nombre de don Francisco Ferrer está en el ambiente y su pasión de apóstol sacrificado entusiasmo a los trabajadores, junta voluntades y anima aspiraciones. En esa época Omar Dengo es un revolucionario; —y siempre fué un revolucionario porque fué un inconforme y porque fué un devoto de la verdad y de la justicia—. Algunos dicen de él que fué un anarquista porque el anarquismo corre por el mundo en esa época; para otros es un socialista, pero en realidad no es más que un idealista, un soñador, un maestro que se inicia pleno de amor y de verdad. Por ser como fué, más tarde muchos pensaron que pudo haber sido un “comunista” si hubiera vivido más tiempo.

Los que le conocieron de cerca, afirman que Omar Dengo, alejado de toda secta o partido, sólo habría sido un apóstol o un maestro poseído de un cristiano amor para los hombres.

* * *

El joven Omar Dengo se ha iniciado ya en sus actividades literarias y periodísticas. Pudo descollar en ellas por la gracia y hondura de sus pensamientos, por el vigor y claridad de sus frases, por la vehemencia y tersura de su prosa, pero no se profesionaliza en estos ejercicios, aunque la hoja impresa es siempre en sus manos una tribuna que aprovecha en todos los instantes de su vida. En esta iniciación de sus actividades públicas pone ya de manifiesto una condición superior de su espíritu: su generosidad; su corazón presto a elogio alentador; presto a servir.

Con esta altísima condición fué siempre ante los jóvenes el guía poseído de sincero afecto; el buscador de capacidades que impulsar; el brazo tendido en gesto cordial para darlo a todos como ayuda llena de optimismo. Era una luz encendida para iluminar los pasos difíciles de los senderos oscuros por que trajina la juventud; era una voz cariñosa y paternal dispuesta a consolar y a alentar, que hacía oír su consejo en el cual había, más que generosidad, anhelo intenso de levantar espíritus.

Cuenta don Carlos Jinesta en su opúsculo, que es en

“La Prensa Libre” en donde inicia don Omar sus actividades periodísticas con un artículo que escribió en elogio del Dr. don Clodomiro Picado, cuando éste se dirige a Europa a continuar sus estudios. Desde entonces, hasta su muerte, colabora en los diversos periódicos y revistas que se editan en el país y buenas horas de su vida de joven discurren en la redacción de los diarios, en tertulias en las que se discute con honda preocupación los problemas del país, los libros más recientes; la última conferencia dictada en el Ateneo de Costa Rica, las ideas más recientes que corresponden al pensamiento de la época. En esas tertulias están presentes don Rafael Villegas, que dirige La Información, don José María Zeledón, que dirige una revista para obreros: “Renovación”; don Próspero Calderón, que dirige “Páginas Ilustradas”, y muchos otros distinguidos representantes de la cultura y las letras patrias, entre los cuales hacen su aparición de cuando en cuando, el agudo y picaresco Paco Soler, el generoso amigo de los jóvenes don Justo A. Facio, el caballeroso don Claudio González Rucavado y los recién llegados “chilenoideos” don Joaquín García Monge y don Roberto Brenes Mesén.

Bajo los auspicios del Ateneo de Costa Rica se levanta inquieta y prometedora una pléyade de jóvenes intelectuales, poetas y prosistas, que habrían dado al país una cosecha fecunda si un ambiente más serio y más culto les hubiera secundado. Entre ellos está Omar Dengo, que no es precisamente un periodista, sino un joven intelectual que se sirve de la hoja impresa como de una cátedra para expresar su pensamiento.

Debemos buscar en las colecciones antiguas de “La Prensa Libre”, de “La Información”, de “Páginas Ilustradas”, de “Pandemónium”, de “Renovación”, de “La Hoja Obrera”, de “Cultura” y de “Sanción”, los primeros escritos de Omar Dengo. Esa búsqueda es necesario continuarla en las colecciones posteriores de “Diario de Costa Rica”, de “El Hombre Libre” y de “La Tribuna”, en los cuales don Omar colabora ya en artículos o reportajes, o manteniendo polémicas ardorosas en las que se define su pensamiento de educador o su preocupación de ciudadano.

La mayoría de sus escritos de la primera época son de

carácter literario o social, pero más tarde madura su pensamiento filosófico y el pensamiento del educador y entonces la mayor parte de lo que publica tiene el sello de la noble y distinguida personalidad del maestro. No es un escritor profesional, nunca lo fué ni gustó de la palabra escrita como medio de relación con los hombres o como medio de expresión de sus ideas. Para él, hablar es el mejor medio de relación, el mejor medio de comunicación de ideas. Es un gran conversador, un ameno y distinguido conversador que hace sortilegios de agudezas y que tiene el privilegio de reunir a su alrededor a cuantos buscan su palabra honda, reflexiva y delicada.

Sus salidas a la prensa son ocasionales, si bien siempre oportunas y brillantes, pero su verdadera obra no está escrita porque la realiza en la cátedra y en las tribunas. Lo poco escrito que nos queda de sus actividades de maestro se puede encontrar en la "Revista de Educación", que aparece al iniciar su vida la Escuela Normal; en "La Obra", que se funda para defender en momentos sombríos el esfuerzo de renovación vivido en la Escuela Normal en sus tres primeros años de vida; en revistas como "Ardua" y "El Compañero", en "La Escuela Costarricense" y en el "Repertorio Americano". Si se quiere conocer sus preocupaciones de educador con cierta profundidad, y sobre todo si se quiere conocer su actuación en la Dirección de la Escuela Normal, es menestre leer sus informes elevados a la Secretaría de Educación Pública, sus circulares a sus colaboradores de la Escuela y mucho de su correspondencia con los graduados de la Escuela Normal.

El pensamiento y la actitud del educador convendría seguirlos también en los pliegos de notas de los alumnos en donde anotaba observaciones que revelan al profundo conocedor del alma humana; en páginas de álbumes; en respuestas a consultas diversas y hasta en la correspondencia amistosa. Sería también interesante recoger las anécdotas que guardan sus amigos y discípulos.

* * *

Omar Dengo tenía un talento múltiple y en su juventud gustó de hacer alarde de sus ideas fogosas. Se sirve

entonces del periódico humorístico para expresar con su gran talento las más severas críticas. En la campaña política de 1909 aparece un periódico humorístico: "El Rayo", que dirigen, entre otros, Omar Dengo. Hay en este periódico una sección: "Muecas del Lápiz", que se publica admirablemente ilustrada y que está a cargo de Omar Dengo. Fué esa sección de "El Rayo" lo que convirtió a ese periódico en el más formidable y temible instrumento de combate al servicio de un partido político. Opinan muchos que desde entonces no ha existido en el país otro periódico humorístico en donde con más propiedad hayan campeado la sátira, la ironía y el agudo humor sin descender a la vulgaridad o al choteo. Cuando más tarde, en corrillo de amigos, don Omar recuerda los apuros de la redacción de "El Rayo" para hacer circular las más picarescas ediciones, dice apesadumbrado que nunca ha perdido más deliciosamente su tiempo como en tales actividades, y sinceramente se apena de haber sido en muchas ocasiones innecesariamente cruel en esas publicaciones.

Sin embargo, una de las características del temperamento de don Omar en todos los momentos es su agudeza y la flexible habilidad con que brillan sus ironías y el jocosos humor con que a veces se burla de tanta mediocridad endiosada o de tanta intención estúpida. Hasta el momento de su muerte es su ironía una de las más poderosas armas usadas por él en la tribuna o en la prensa y, algunas veces, en su cátedra. Pero la característica también de esta actitud no es en su vida un recurso malévolos, sino el brillo de su talento admirable que corre como un río tumultoso levantando chispas y espumas cuando es necesario defender una idea, un hombre o una institución.

Usa de su ironía en la tribuna y en el escrito para señalar errores o extremismos y establecer claras comparaciones que hacen ver los peligros que puede entrañar alguna medida o actitud dañosa para la vida de la república, de alguna institución o de los derechos de los ciudadanos. Así, en la plena fecundidad de la vida de educador, lanza, por ejemplo, este anatema contra los tests que empiezan a estar de moda: "Qué triste, qué horrible esto de los tests. Medir, medir, medir. ¿Qué? A ese paso, el hombre que

siempre ha sido gusano, terminará por ser un gusano medidor”.

Y el pedagogo profundo, ¿qué piensa de la pedagogía que trata de sentar sus principios como una ciencia verdadera e infalible? Veamos lo que aconseja a su discípulo que le escribe desconsolado y desconcertado: “Ensaye a acercarse más que al alumno, al hombre, es decir, más que con los preceptos pedagógicos de su magisterio, con el corazón”. ¿Habrà en esta frase una manera más clara de ironizar o de juzgar de la pedagogía, sobre todo de la oficializada, que anda por el mundo?

— :: —

II PARTE

ACTIVIDAD FECUNDA

El ciudadano:

La medianoche hunde en el alma su frío y su silencio. En la casa del noble enfermo, estremecida de angustia, todo es una desolada interrogación en la noche. Por los rincones de la vivienda grupos de discípulos esperan compungidos, con el llanto en la puerta de sus ojos y un clamor de vida vibrando en los corazones. De pronto, todos se acercan a la sala del enfermo, el silencio se hace más penoso y las ondas del espacio recogen un mensaje optimista que nace al borde de la tumba y que debió oír de rodillas la nación entera.

En el umbral de la eternidad, en donde se levanta en esa hora su última tribuna, fueron dichas estas palabras: “En Costa Rica hay una juventud pujante. Tiene un gran porvenir. Tiene una gran riqueza que puede servir para el surgimiento de una gran cultura. Los jóvenes no deben detenerse por detalles insignificantes de personalismo. No deben ser como he sido yo que todo me desilusionaba, que iba leyendo por el camino y arrojaba el libro para espantar un gato.

A la juventud le toca el puesto de los viejos, serena-

mente, sin rencores ni personalismos. Yo no estoy contra los viejos, pero es natural que vayamos distanciados porque ellos no pueden ir a nuestro paso. Hay que darle a cada uno su puesto. Si hay lluvia, ellos se meten en la primera puerta o se quedan bajo el primer alero. Jóvenes: No sean como esos estadistas que disimulan sus cuestiones personales convirtiéndolas en graves razones de Estado”.

Este mensaje dirigido a la juventud de su país pone de manifiesto su actitud permanente en relación con los problemas nacionales. Don Omar Dengo fué sin duda un gran ciudadano por la elevada naturaleza de sus pensamientos y de sus reacciones al servicio del país; por su devoción a los principios que integran los valores absolutos de una democracia en donde el ciudadano, respetándose, respeta; y ejerciendo su libertad individual, lucha por asegurar la libertad de todos.

Con esta nobilísima visión de maestro, es decir, de ciudadano culto y preocupado llegó a las tribunas de la plaza pública para convertirlas en antorcha de esperanza y de ideal; para sembrar de fe democrática los surcos trajinados por los politiqueros de oficio; para exaltar las figuras magníficas de la historia y ejemplarizar con ellas las rutas que debe seguir la nación; pero sobre todo, llegó allí para decir su credo de visionario, su credo cívico, que es un mensaje de aliento a la juventud, para afirmar sus ideales, para inquietar y cultivar sus devociones, para exaltar los valores del espíritu en la aspiración de una vida superior que hermane profundamente a los hombres del país.

No teme el ciudadano opinar con valentía—y siempre con delicado respeto—en el corrillo de amigos, en las cartas personales o en el periódico. La política le apasiona pero no para medrar en ella sino para hacer escuela de principios, tales son sus anhelos por el engrandecimiento del país. “En ocho días más que discurran ya estaremos en elecciones y triunfantes, por lo menos en el sentido que más nos importa: “EN EL DE HABER HECHO OÍR LA VOZ DE LOS PRINCIPIOS”. Estas palabras se expresan al terminar una de las más ardorosas campañas políticas en que participa moviendo consigo a un gran grupo de jóvenes maestros que encontraron en alguno de los candidatos, el

político o el estadista que puede llevar a la práctica sus ideales de cultura. Esa misma campaña política le hace expresar estas otras palabras: "Para mí, todo esto tiene un gran interés como fuente de reflexión, para buscar tras ello las grandes órbitas de la civilización, que es decir, del desenvolvimiento de la conciencia social. Claro es que, como costarricense, no puedo entregarme a especulaciones frente a los problemas políticos, sino que debo mirarlos prácticamente, pero tampoco abandonar las consideraciones que pueden conducirme a penetrar en el sentido de lo que en ellos es capaz de representar un valor permanente. Quiero decir, un valor de porvenir y de juventud, **porque debemos hacernos la ilusión, creadora, de que estamos buscando un campo para una obra, y de que estamos preparándonos para ella, y de que estamos realizándola.** Pero, en el fondo, mi criterio es el mismo de hace muchos años: la política se engrandece cuando se consigue ponerla fuera del alcance de los politicantes, y mientras éstos dominan, lo poco, /lo único que podemos hacer los idealistas, es,— y recuerdo con horror a Maquiavelo— es evitar que nos conviertan en instrumentos de intereses de ellos, aunque a veces, nos encontramos en el caso de aceptar sus intereses **como carriles de aspiraciones más altas, de las más altas, si es posible**".

* * *

(Es sin duda su participación activa en la tribuna política lo que ha traído la inquieta preocupación actual de muchos maestros que aprovechan esas tribunas pero equivocando desde luego la aspiración y la elección que nos dejara el señor Dengo). Él fué quien defendió para los maestros este derecho de participar activamente en las contiendas electorales, porque consideraba que hay en la política un sentido trascendente y que, de acuerdo con las concepciones de la nueva educación, todas las actividades humanas predominantes, así la política, deben entrar a formar parte del caudal de experiencias y problemas que dominan la vida en la escuela pública, tanto para el maestro que guía, como para los escolares. Por otra parte, el reconocimiento del valor de la ciudadanía es ejercicio activo de la ciuda-

danía, desde luego que con exclusión de banderías personalistas en que participan las escuelas como organismos.

La defensa que el señor Dengo hace de los maestros en relación con una circular ministerial que les prohíbe su participación en la política es por sí misma un programa de acción para los maestros en las campañas políticas futuras. Conviene decir, una vez más, que aquel educador dejó trazado al magisterio costarricense el camino de su acción permanente, orientado hacia una preocupación constante por robustecer los ideales democráticos que son los que sustentan y debe enaltecer la escuela costarricense.

Toda la vida de Omar Dengo, desde su juventud, está inspirada en este sentimiento de devoción a la patria, sirviendo y viviendo el ideal de los varones ilustres, vigilante como faro en la inmensa luminaria de las ideas y mensajero de principios que se sustentan en formas de vida noble, justa, decorosa.

Sus grandes preocupaciones idealistas, su gran inquietud intelectual lo llevaban constantemente de aquí y de allá en busca de la expresión superior de vida que pueda inspirar las normas creadoras de la república. Es a veces, frente al panorama de la realidad, un consumado pesimista que penetrando en las reconditeces de Maquiavelo, o en las dudas de Henri Adams, siente nacer los gobiernos fuertes que llenan la época actual, e intuye la trascendencia de los cambios como una lógica consecuencia de las fallas de que adolece la democracia.

Apasionado de la política y de los políticos, los teme por la fuerza que ponen en el aplebeyamiento de las aspiraciones nobles, cuando dan tanta importancia y mando a la mediocridad. Es un enamorado de la libertad como la más noble expresión de la actitud del ciudadano, pero de la libertad que se impone sobre bases de justicia y de respeto humanos. Busca en los políticos aquellos que más se acerquen a la interpretación más amplia de estos sentimientos, y cuando no los admira con respetuosa y digna admiración—que nunca fué palaciega—los combate también públicamente con viril energía. Su crítica a éstos es viril, aguda, constructiva, con ser demoledora a veces. Sus afanes y su aspiración por el resurgimiento de los valores permanentes de la vida nacio-

nal le llevan, a pesar de todo, a poner fe e ilusión, más que en las instituciones, en los hombres que las hacen vivir.

“Confío poco en instituciones. Confío más en los hombres. No creo, desde luego, en la posibilidad de gobiernos ideales. Creo en los gobiernos mejores que otros, vale decir, en los gobiernos aceptables”.

Ve los problemas de la nación y del gobierno con penetrante exactitud y comprende cuáles son las fuerzas internas, poderosas y arrolladoras, que destruyen las mejores intenciones de los mejores gobernantes. Y sin embargo sueña, sigue siendo idealista, pero no el idealista de gabinete, cartujo o poeta cursi, sino el batallador, el que fustiga con el látigo encendido de su palabra y el que señala rutas para los de arriba y para los de abajo. “Tengo fe en los ideales. Pero no desconozco la función de los intereses meramente prácticos”. Y con esta preocupación, va en busca de aquellos hombres que expresen o representen mejor sus ideales, sin dejar de reconocerles abiertamente sus defectos humanos, que hay que aceptar mientras la perfección absoluta no se alcance. Y como sabe que la cultura es cuna magnífica que incuba los más nobles principios, puede encontrar, en medio de las corrientes de la política, aquellos valores que se destacan,—más que como políticos—como hombres de estado, que por su sólida cultura pueden significar una garantía o una promesa ante sus ideales. Así admiró y respetó entre nosotros a patricios como don Ricardo Jiménez y don Cleto González Víquez, y en los de afuera, por su profunda actuación idealista, la figura de Wilson.

Dejó a sus discípulos en este sentido de su actuación en la política la más clara lección de cómo debe entender los deberes cívicos un ciudadano, sobre todo si éste es un maestro de escuela. Pudo, como él mismo lo expresa, quedarse al margen de los movimientos políticos, en la comodidosa neutralidad que algunos aprovechan cuando no quieren combatir y ser responsables de sus ideas, aunque, “a veces se puede ser neutral como forma de oposición a lo que se encuentra”, pero, “nada hacemos con no meternos en la política, si ésta se mete con nosotros”. Lo que importa ante todo es “conservar una posición noble, a todo trance”.

* * *

“Hagamos política, aprendamos a hacerla del modo adecuado a las exigencias espirituales de nuestros tiempos”. “Aprendamos y contribuyamos a formar opinión”. “Combatir es también un modo de ahondar y limpiar los cauces, y combatir hidalgamente el modo mejor. Opinar, auxiliar al florecimiento de la fructificación”. “Opinar, pues, iluminar, consumir el instinto como un aceite, para que vierta de las entrañas luz de redención”. “Opinar, en cierto sentido esto es la civilización. Un conjunto de opiniones: esto es su historia. Opinar y enseñar a opinar: tal la función de la Escuela, de la Iglesia, de la Ciencia”. **“Cultivemos con amor, como una manera de ejercer la ciudadanía, el desenvolvimiento de la opinión pública”.**

Está vivo este mensaje para la juventud de Costa Rica; está vivo para los maestros e intelectuales que se han refugiado en el silencio; está vivo para todos los costarricenses, para todos los hombres que anhelan mejores horizontes, que tienen nobles inquietudes; para aquellos a quienes mueve una idea o un ideal generoso. Opinar para construir—fruto de hondas inquietudes—el porvenir de la patria y del mundo.

* * *

En las salas de conferencias, don Omar Dengo participa activamente en el estudio y solución de los más diversos problemas nacionales, siempre con esperanza de apóstol, pensando siempre en el porvenir y alentando a las juventudes para emprender una acción cívica vigorosa y digna. Da ejemplo de valor y conciencia admirables levantando su voz, disciplinada en el estudio, para señalar los errores que encuentra a su paso y llamar a la conciencia de gobernantes y gobernados a fin de encauzar y asegurar los destinos de la patria y mantener inmaculado su prestigio. Su verbo es látigo contra los mercaderes de la política y del entreguismo, y amando a los hombres de todas las razas con un amor de espíritu superior, tiene sin embargo el temor de la opresión y de las cadenas que el imperialismo del Norte, voraz y desenfrenado, puede extender sobre estos países faltos de cultura, faltos de profunda y arraigada dignidad, faltos de previsión.

Es natural que las actuaciones del imperialismo norteamericano en el Caribe, con ocupación de territorios por los yanquis, con extorsión económica por medio de empresas poderosas, con el sacrificio de los nativos y del predominio de los extraños, alarmen la mente y el corazón del maestro que no especula como el politiquero con la vida de su país, sino que siente profunda preocupación por sus intereses futuros. El politiquero puede ser entreguista, el comerciante criollo puede ser entreguista, el funcionario puede ser entreguista y cambiar su libertad por un plato de lentejas, aunque sus hijos y sus nietos tengan que arrastrar cadenas. El maestro de escuela, ante el "horizonte" de las juventudes y de los niños que son el porvenir no puede ser indiferente. Omar Dengo no puede ser indiferente. No es xenofobia; que nadie ama tanto al hombre como este hombre; que nadie entiende mejor, que este maestro apóstol, que los destinos de la humanidad han de levantarse encendidos en una llama de amor fraternal.

Pero los sucesos que se viven inquietan; e inquietan sobre todo porque surge en lo lejano, como una víctima propicia, el pueblo a quien no consultamos para las decisiones trascendentales en la vida de una república.

El país se ha visto conmovido por la influencia de un despotismo en cuya génesis está la intriga de los poderes exóticos que subyugan conciencias. El maestro mismo ha sido una víctima de estos sucesos y ha tenido que resignarse con la humillante y hambrienta miseria para no doblegar la frente y torcer su verticalidad insuperable y heroica.

Hay diplomáticos extranjeros que van por estos pueblos de América Latina como una sombra funesta, echando nudos de esclavitud en el cuello de las pequeñas naciones. Omar Dengo los ve pasar y abomina de sus "tacones clave-teados", al tiempo que surgen en el mismo continente voces que traen mensajes de liberación. El idealista se conforta a sí mismo e invoca las fuerzas trepidantes que existen en la propia entraña del continente latino y los símbolos que son hogueras permanentes en las que arde fuego de redención. "Cuando apenas ha dejado el sol de dibujar sobre nuestras tierras con la tinta de las sombras la silueta siniestra de William Walker, se encienden radiantes en el cielo los

resplandores del ideal de Simón Bolívar". "Huye de la atmósfera la fetidez de las inmensas salchicherías de Chicago y comienza a respirarse un aire consolador que parece venir desde el Chimborazo". El sueño potente del poeta se asoma exclamando: "Se doblegan las furias del Águila y se yerguen las altiveces del Cóndor; los pinares tiritan, las palmeras se estremecen; huyen en bandadas los pieles rojas, se aprestan los gauchos a tocar en sus guitarras en tanto que sus hermosas compañeras, plenas de regocijo, cantan vidalitas con indecible ternura: toda la América siente regocijo cuando la dejan un tanto a solas con el ensueño de su porvenir". Así escribe Omar Dengo de muy joven, dirigiéndose a los jóvenes y a los trabajadores de América Latina con ocasión de la llegada al país del argentino Manuel Ugarte, otro Quijote latino que anda en prédica de redención en un momento en que por el continente corren escalofríos de temor inspirados por actitudes del Norte. Recién nacidos, vibran en los labios cantores la "Marcha Triunfal" de Darío y el "Canto a Roosevelt"...

* * *

Lo que se vive hondamente en la juventud es inquietud imborrable del hombre aunque éste se aquiete en aguas de serena reflexión. Así, estas actitudes del Norte con su poderío ciego, mantienen sumida en angustia el alma de Omar Dengo, ciudadano, maestro o filósofo. Y son todas las ocasiones las que aprovecha el visionario para dejar oír su voz de alerta, su reflexiva voz de maestro que lleva en su corazón hondamente arraigadas las angustias de un pueblo; el ansia humana de libertad, de igualdad, de fraternidad, de justicia.

Lleva en su ser un amor de apóstol que realiza su obra redentora sin olvidar que su primera misión debe ser la de levantar, ennoblecer y defender—para los que vengan—el pequeño espacio de cielo y de tierra en que se ha nacido, y que dentro de ese espacio "concebido en libertad" se viva a plenitud con el ideal de Lincoln. De esta manera, durante toda su vida y hasta el instante de su muerte, proyecta su visión hacia el futuro en busca de aquellas lumbres que iluminen su entendimiento, que fortalezcan su esperanza, que

alienten profundamente sus sentimientos fraternales y que alejen las sombras de inquietud opresora que corren por el continente como un escalofrío de temor.

Los poderes del águila del Norte tienden sus doradas garras sobre las vastas regiones del trópico creando monopolios, obteniendo concesiones vergonzosas, incubando caudillajes ignorantes; manteniendo despotismos que golpean sobre la frente de los pueblos que han nacido libres. La planta imperialista viene de Wall Street y protegida por el Departamento de Estado va por los pueblos latinos en busca de petróleo, de tierras para banano, o de cauchales que explotar; va humillando a los nativos, porque los protegidos del águila son amos crueles y despreciativos—especie de filibusteros sin armas—pero tan crueles y avasalladores como los acompañantes de Walker.

Omar Dengo sabía que de todos estos sucesos no son culpables solamente los poderes extraños por sí mismos—que el oro siempre busca un mercado donde negociar—, sino que lo grave de este mal era, es y seguirá siendo, que entre los mismos pueblos latinos haya hombres—los politiqueros—que llamen al bucanero en su auxilio para ofrecerle el dogal sobre el cuello de una república, a cambio de una merced de mando o de una granjería en la que relumbran unas cuantas monedas.

El maestro que trabaja con niños, que toma la masa de la infancia o de la juventud para sembrar en ellas las inquietudes del porvenir, está pendiente de aquellos fenómenos de carácter económico y social que modifican ese porvenir. Sus vastos conocimientos de historia, sus reflexiones filosóficas, sus constantes lecturas y la realidad misma le dan una base profunda y seria para expresar su pensamiento en este sentido. Omar Dengo acaba de leer un libro escrito por un norteamericano: "La conquista de los Trópicos", en el cual se ponen de manifiesto los métodos usados por el capital norteamericano en su labor expansionista por tierras de Latino América. Esta lectura le sirve para exclamar en una admirable conferencia en que analiza los problemas de nuestra patria y arremete contra politiqueros: "Cuando seamos grandes por nuestra cultura, que vengan los Estados Unidos, que entonces sólo recibiremos de

ellos lo que sea grande también. Los yanquis vendrán. Nuestra posición entre Nicaragua y Panamá nos hace objeto de su codicia. Ya no son las antenas que transmiten la civilización sino los tentáculos del pulpo en la forma de la política y del capitalismo”.

“Que nos encuentren grandes”. Y agrega: “Don Ricardo Fernández Guardia escribió recientemente preguntando: ¿Dónde estará el Juan Santamaría que le dé fuego al cuchitril en donde se forjan las cadenas de la esclavitud de Costa Rica? Y yo pregunto, no dónde está el Juan Santamaría que alce la tea, sino dónde está el presidente Mora que levante la cadena para libertarnos, que levante la cabeza para dar a su pueblo un alto sentido de su responsabilidad histórica”.

Por los años 1927 y 1928—cercanos a su muerte—se sienten en el país, con motivo de la renovación de los contratos bananeros, el renacer de una profunda inquietud cívica que pone a los mejores hombres en el camino de organizar una “Liga Cívica”, que de haber perdurado habría dado a estas horas frutos magníficos en la conciencia de los costarricenses. Cuando esta “Liga Cívica” necesitó hacer una exposición vibrante de sus puntos de vista buscó a Omar Dengo. El testimonio de sus palabras vehementes y profundas fueron admirablemente recogidas por la “Prensa Libre” bajo el título de “No queremos Monopolios en Costa Rica”. En este testimonio el maestro, una vez más, señala nuestra propia responsabilidad en relación con los problemas que se discuten. La indiferencia y la tolerancia de los ciudadanos al par que la vergonzosa complicidad de otros “criollos descastados” es lo que ha permitido crear entre nosotros esos problemas relacionados con la política y economía extranjera.

“¿Hacia dónde va la United?”

“¿Hacia dónde va la United?, repiten y la respuesta es: hacia donde quieran los costarricenses”.

“Vamos adelante con nuestros propósitos; que nos sigan todos los costarricenses dispuestos a apoyar algo que es muy suyo, a defender algo bienamado. Soñemos con las instituciones, contribuyamos porque sean grandes y fecundas y así contribuiremos a la grandeza de la patria”.

“Son muchos, pues, los problemas pendientes, hay entre otros los del hombre del futuro. Necesitamos de hombres dignos de vivir la República como nuestros abuelos nos la reclaman desde el pasado y como nuestros nietos nos la piden desde el futuro”. Y como los que escuchan estas y otras palabras; los que se dan cuenta que existe este sentimiento de “nacionalismo” lanzan la acusación de “boxerismo” y de “xenofobia”, Omar Dengo—y ninguno como él para decirlo con mayor propiedad— rechaza tal cargo para la “Liga Cívica” y para quienquiera que esté poseído de estos prudentes sentimientos patrióticos.

“No existe el afán de perseguir al extranjero ya que para el buen extranjero tenemos sólo sentimientos de nobleza”.

“No, no concibo patrias constituídas a base de odio para nadie; no concibo patrias agresivas y sólo me explico una conducta enérgica y combativa en casos de defensa de la soberanía nacional”. “Que vengan aquellos extranjeros dispuestos a trabajar y respetar las leyes. Veamos los problemas como el estadista colombiano, a través de la luz de la espada de Bolívar, no como la ven los estadistas financistas de por aquí que más que otra cosa son negociantes”.

“Traigamos a nuestro seno los sentimientos de cultura de Francia, la organización de Alemania, las energías de los Estados Unidos, la libertad de Suiza, la constancia de Bélgica, la actividad y nobles sentimientos de España, y así de Italia y de todas partes, pero hay, sin embargo, algo que no podemos traer de afuera, algo que debemos buscar del pasado, algo de aquel pedazo de arena que cubre las cenizas mortales de Mora y de Cañas...” “Este algo debe ser el espíritu con que debemos enfrentarnos a todos los monopolios”.

“En los Estados Unidos, país llamado laboratorio de experiencias humanas, se lucha más fuerte que en parte alguna contra el monopolio. El ex-presidente Roosevelt lo condenaba considerándolo una amenaza para su país”.

“Y si para los Estados Unidos el monopolio es una amenaza, ¿qué no será para nosotros?”

“Yo no soy enemigo de los Estados Unidos. Al contrario, siento una verdadera admiración por ese gran país y

por sus hombres, pero por sus hombres de la talla de Franklin, de Lincoln, de Washington y otros tantos más. Pero como es natural, me alarma todo lo que venga de Wall Street con su judaísmo de antigua Fenicia”.

Importa mucho que quede claro el sentimiento que poseía a este gran ciudadano, porque en torno de él se agitó una pléyade de hombres igualmente dignos y honrados que participan de estos sentimientos que no envuelven en forma alguna odio al extranjero, sino la actividad vigilante y previsoras y la aspiración de un trato justo y digno, sin humillaciones vergonzosas, ni perjuicios a los derechos propios de cada hombre y de la nación entera. Siguen siendo las previsiones del ciudadano Omar Dengo— aun en estos momentos— una voz lanzada a la reflexión de las juventudes del continente para preparar el porvenir de estas naciones. Sigue siendo peligroso para el mundo el imperialismo y sigue siendo el oro corruptor el instrumento de conquista. Pero América está unida en estos momentos en un solo espíritu ansioso de libertad y aunque del Norte ha llegado la bota del déspota y la bayoneta que asesina criollos, del Norte mismo ha de venir la voz que clame por la verdad y por la justicia y por la fraternidad de todos los hombres. Conservemos el corazón abierto y el alma despierta para todos los arrullos y todas las melodías; sintamos la corriente de amor engrandecido que olvida distancias, razas y lenguas, para sentir la aspiración que se gesta a lo largo de los Andes. Pero seamos prudentes y previsores; seamos cuidadosos; conservemos nuestro pasado y engrandezcamos nuestro futuro. El diálogo admirable de América y el Maestro, debe ser la voz que hable en el silencio en los oídos de todo americano.

“El Maestro: —¿Algo te inquieta, Madre América?”

“América: —El Norte...”

“El Maestro: —¿Qué ves?”

“América: —Una vasta sombra...”

“El Maestro: —¿Algo te conforta?”

“América: —El Norte.”

“El Maestro: —¿Qué ves?”

“América: —La sombra de Jorge Washington.”

“El Maestro: —¿Qué escuchas?”

“América: —*La voz de Emerson.*”

“El Maestro: —¿Y si surgiera en el Norte la tempestad?

“América: —¡Entonces, oh gesta de mi raza, plumas imperiales de mis caciques, talla de Atahualpa!, entonces por mi Raza hablara el Espíritu... y confío en que sería tal la expresión de mi destino, que aquello que pudo parecer una tempestad en el Norte, fuera una aurora infinita sobre la génesis de otra Humanidad”.

* * *

Leyendo sus escritos y escuchando las referencias de sus amigos y discípulos se siente la presencia de un idealista consumado, a veces de un poeta, de un soñador o de un visionario que proyectara en grande su visión de un mundo que anhela y que quiere hacer efectivo sobre el corazón y el entusiasmo de las nuevas juventudes. Por eso es distinguida y magnífica su actuación de ciudadano. Hay en su pensamiento vigorosas y aladas expresiones, ensueños hondos en los cuales está presente la meditación del sociólogo, o la del filósofo que vive esperanzado y anhelando un porvenir magnífico para su patria y para su América que debe estar unida, a lo largo de los Andes, por un indestructible lazo de amor y comprensión.

En toda su actuación de ciudadano se distingue esta preocupación elevada que sólo se manifiesta en el pensamiento de los hombres superiores. Y es tan noble y tan distinguida su actitud que no es posible hacer distinción entre el maestro de escuela humilde y digno y el gran ciudadano. Porque en la cátedra está el ciudadano haciendo escuela de civismo y en la tribuna del ciudadano está el maestro enseñando decoro, señalando rumbos. Realmente su vida pública es una enseñanza y su tribuna es siempre una cátedra. Allí donde está su pensamiento se levanta una luz y una voz que alecciona. Ciertamente le critican de idealista, pero él está seguro de que el más grande idealista es el que mejor hace escuela de practicismo. Lo que en realidad le critican no es que sea idealista sino que mantenga en su corazón una llamada de fervor, de esperanza y de fe para consagrarlos íntegros a la patria sin dejarse seducir por los oropeles ni permitir que su probidad acepte la menor indicación para transigir con un mundo de vilezas.

“Escrúpulos de monja”, llaman a esta actitud del ciudadano muchos pontífices de la política cuando el maestro de escuela se niega a vestir el frac del diplomático y a llevar la sonrisa cortesana a los pies de un déspota.

Siguiendo su actuación vemos que el país le ha honrado como a un maestro. Que sus discípulos le han honrado hasta perpetuar su recuerdo en bronce, pero estamos seguros que todos mantienen su recuerdo y el culto de su nombre que creció en respeto y admiración, más que por su condición de maestro, por su actuación de ciudadano. Y así debe ser, pensamos. Debemos destacar su función de ciudadano aunque el ejercicio del mejor magisterio es de por sí el elevado ejercicio de la ciudadanía. Por que fué tan grande su culto y su amor a la patria, sus últimas palabras “en los umbrales de la eternidad” fueron su mensaje a la nación. No fué una lección más de ciencia confusa sino una confirmación póstuma de su culto a la patria; de su credo de ciudadano; de aquel amor y devoción entrañables que alboreó en la juventud.

Sirviendo a su patria vivió; iluminándola vivió; alentando esperanzas para ella vivió. Su culto a la escuela quizá no fué más que una proyección de su culto a la patria y un camino para servirla en sus más urgentes necesidades. En la escuela estuvo, en la escuela está, pero sobre todo, debe estar como ejemplo permanente en el corazón y en el recuerdo de los buenos, de los mejores ciudadanos, de los que alientan una esperanza y mantienen una ilusión y un sueño de grandeza.

* * *

Para más referencias acerca de la actuación cívica de don Omar Dengo se pueden consultar, entre otros, los siguientes artículos:

- 1º—“Problemas nacionales”. Meditaciones. Tomo I, pág. 66.
- 2º—“Los maestros y la política”. Meditaciones. Tomo I, pág. 94.
- 3º—“Mira y pasa”. Meditaciones. Tomo I, pág. 101.
- 4º—“América y el Maestro”. Meditaciones. Tomo I, pág. 167.
- 5º—“De política Mayor y Menor”. Meditaciones. Tomo II, pág. 14.

- 6º—"Odio al extranjero". Meditaciones. Tomo II, pág. 60.
 7º—"Cuarteles y elecciones". Meditaciones. Tomo II, pág. 67.
 8º—"Omar Dengo se excusa". Carta inédita a propósito de la llegada de profesores a la Escuela Normal.
 9º—"Por la América Latina". Artículo de periódico.
 10º—"Conferencia de Omar Dengo". Extracto de periódico.
 11º—"No queremos monopolios en Costa Rica". Conferencia dada en la Liga Cívica, extracto de La Prensa Libre.

— :: —

EL MAESTRO

En el Centro Germinal se dan lecciones sobre asuntos diversos y conferencias de Sociología que están a cargo de Omar Dengo y que se distinguen, aparte de la forma cultísima de la exposición, por el contenido ideal y moral que las anima. Ésta es la verdadera iniciación de Omar Dengo en la profesión del magisterio. Ya entonces se han definido sus concepciones morales y su actitud espiritual. Con esas fuerzas superiores que dan los conocimientos, afirma su fe en la eficacia de las corrientes espirituales y morales como medios fundamentales para transformar las luchas de la humanidad en sereno remanso, donde la comprensión más amplia afirme el sentido de la fraternidad. No imparte conocimientos: desenvuelve inquietudes y llama a cooperar en la obra de redención obrera—que el Centro Germinal se propone—, a estos factores humanos que van más allá del límite de la aspiración del bienestar que el hombre persigue.

Un hecho de carácter sentimental contribuye a definir su vocación de maestro ya desplegada en una docencia libre. Al lado de la que más tarde será su compañera se inicia en el conocimiento de la educación infantil. Ella es una maestra distinguida y preocupada por la ciencia que debe conocer para ayudarse en las labores de su profesión. La amiga del corazón lleva al intelecto del investigador que hay en Omar las inquietudes diarias de su labor y los problemas derivados del trato con los niños; los que se refieren a su conducta; los que se refieren a métodos y procedimientos, a programas y horarios; los que son el contenido fundamen-

tal de la Ciencia de la Educación en cuanto se relacionan con el conocimiento de la naturaleza del niño. En este contacto con su compañera de más tarde se encuentra de pleno investigando en el mundo de una ciencia nueva, la Educación, que es un amplísimo campo que se ofrece lleno de sugerencias al espíritu estudioso. ¿Acaso no es el niño el hombre que ha de desenvolverse en esa sociedad que tratamos de mejorar? ¿Acaso no es el niño la simiente universal de cuyo desarrollo debe responder la cultura y la civilización de los pueblos? ¿Acaso no es la escuela la institución que recibe, con el alma de los niños, los complejos problemas del espíritu humano en medio de los cuales hay que trabajar delicadamente para encauzarlos, estimularlos o perfeccionarlos en beneficio de la humanidad?

La amistad de don Omar con don Roberto Brenes Mesén y don Joaquín García Monge, favorece el desarrollo de esa vocación que se inicia y que encuentra cauces para desenvolverse rápidamente con la guía de estos maestros que en el Liceo de Costa Rica realizan el milagro de renovar la enseñanza por los métodos, los ideales y el entusiasmo que despliegan.

Oficialmente se inicia en la docencia en el Liceo de Costa Rica en el año de 1912. Toma a su cargo las lecciones de Ética y Filosofía y las de Historia de la Literatura. La iniciación tiene que ser brillante; va a sustituir en la cátedra a Brenes Mesén que ya tiene un nombre distinguido. La índole de las materias que va a enseñar sólo se confieren a un hombre de elevada cultura y de amplios conocimientos. Filosofía, Ética e Historia de la Literatura son materias que dominan aquellos espíritus selectos que, además del conocimiento general, tienen sus propias convicciones; sus propios juicios; su personal comprensión de las materias que enseñan. Este nuevo profesor ha trajinado con seriedad y devoción en compañía de los clásicos; ha dialogado profundamente con Platón y Aristóteles; ha bebido en las fuentes de Giordano Bruno, de Clemente de Alejandría y de Tomás de Aquino; ha sentido la potente voz que canta con Homero y ha visto los grandes paisajes trágicos que descubren Sófocles y Eurípides. Este maestro en sus horas de angustia y de meditación ha buscado en Plutarco los ejemplos de las